

SR. LINARES.- ...una visión de la economía, que pocas veces tenemos posibilidades -lamentablemente- de escuchar en los medios masivos de comunicación, o sea, otro tipo de visión de lo que es la economía urbana, porque últimamente lo que escuchamos son siempre los grandes trozos de los macroeconomías y poco de lo que nos toca a diario.

Por eso me parece que este tipo de ámbito de conversación, de diálogo, para escuchar a gente que trabaja durante tantos años, como el Profesor Coraggio, estos temas, nos da una base después para el debate y la discusión.

Creo que -reiterando lo que hemos dicho otras veces- hay que buscar ámbitos para buscar propuestas nuevas, porque siempre hay respuestas que contestar y hoy día han caído muchos mitos, pero hay muchas preguntas sin respuestas.

Creo que es deber de todos reconocer situaciones, y sobre la base de ese reconocimiento buscar nuevas alternativas que nos permitan seguir generando las posibilidades de esperanzas nuevas.

En este creo que tiene que ver mucho la diversidad de pensamiento que pueda exponer cualquiera que pueda tomar una tribuna, la pluralidad de pensamiento y fundamentalmente la necesidad del diálogo fecundo para elaborar posiblemente nuevas tendencias.

El Profesor Coraggio estuvo algunos años aquí, en la Universidad Nacional del Sur, en épocas que algunos amigos nuestros han tenido complicaciones, por eso este ámbito para nosotros tiene mucho que ver; éste es un ámbito especial, muy sentido para muchos, y esperemos que podamos en esta tarde compartir y dejar dando vuelta ideas para generar nuevos debates.

Muchas gracias.

LA PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA, UN INSTRUMENTO INTEGRAL E INTEGRADOR DE DESARROLLO¹

Muchas gracias a la Municipalidad de Bahía Blanca, a su Plan Estratégico, a la Universidad Nacional del Sur, por esta posibilidad de participar de un foro que entiendo es casi permanente en Bahía Blanca, donde se discuten las cuestiones vinculadas al desarrollo de esta ciudad.

En mi caso se me ha planteado como tema el de las políticas de desarrollo local en Argentina, sus posibilidades, sus limitaciones y nuevos enfoques. No puedo, de ninguna manera, hacer una referencia específica al caso de Bahía Blanca, así que voy a hablar en general aunque pensando en la Argentina. Puede ser que alguna de las cosas que diga o que proponga ya estén en marcha aquí, puede ser que otras puedan ser útiles para provocar una discusión posterior.

¹ Conferencia dictada en Bahía Blanca, el 17 de noviembre de 1999, por José Luis Coraggio, Investigador-Docente Titular del Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional de General Sarmiento, como parte del ciclo "Políticas de desarrollo local en Argentina: posibilidades, limitaciones y nuevos enfoques", organizado por la Municipalidad y el Plan Estratégico de Bahía Blanca.

Aquellos paradigmas del desarrollo

Si hablamos del desarrollo, y del desarrollo local, me parece útil tener como punto de referencia cómo se pensaban estas cosas en los '60, en pleno auge del desarrollismo. En esa época había un paradigma omnipresente en el discurso público de todos los actores políticos y sociales y corporativos; todos éramos, de una u otra manera, desarrollistas, el desarrollo económico era un objetivo compartido y también se compartía la concepción de que tenía como actor principal al Estado, al Estado inversor, al Estado planificador, al Estado regulador, al Estado protector del mercado interno y de la industria nacional.

El desarrollo se asociaba a la industrialización. Desarrollarse era industrializarse y la industrialización sustitutiva de importaciones era una estrategia compartida por todos los países de América Latina. Había una metodología formalizada y también compartida sobre cómo planificar el desarrollo, y en esta metodología había un capítulo sobre lo regional o lo local. Y aquí aparecía una contradicción -aparente o real- entre el máximo crecimiento económico posible para el país y la igualdad entre regiones o igualdad entre localidades.

Si el máximo crecimiento se lograba concentrando inversiones en las zonas ya desarrolladas por ser las de mayor productividad, donde se concentraban los recursos y mercados, esto iba a ampliar la brecha de desarrollo entre las regiones. El mercado, lejos de operar como mecanismo regulador y reequilibrador, acentuaba las tendencias al desbalance. Esto generaba un problema de inequidad, y por lo tanto los que hacíamos planificación regional portábamos una bandera cuyo valor principal era la igualdad de grados de desarrollo entre regiones, la igualdad entre regiones y veíamos al Estado como resorte indispensable para contrarrestar las tendencias del mercado. Pero se pensaba en un rol fundador de estructuras y procesos autocontrarrestados de la continua concentración de las inversiones, de los ingresos, de la calidad de vida, en la región metropolitana de Buenos Aires, en la megalópolis argentina que iba de La Plata a Rosario.

El marco conceptual que usábamos era la Teoría de los Polos de Desarrollo de Francois Perroux, o al menos una lectura territorializada de sus propuestas; una lectura que no era correcta porque en realidad Perroux se refería a los grandes conglomerados del capital mundial, anticipando muy bien lo que hoy está pasando en el mundo. La concepción era que para lograr el desarrollo en las regiones donde no se daba naturalmente había que concentrar inversiones en ciertos lugares que llamábamos polos, generalmente centros urbanos medios o grandes, que a su vez al crecer iban a derramar los beneficios del desarrollo, de la productividad, del ingreso, sobre sus regiones de influencia.

En Bases para el Desarrollo Regional Argentino, desde el Consejo Federal de Inversiones se propuso en 1963 una Argentina en que se definían los polos que equilibrarían el desarrollo regional del futuro, de los cuales Bahía Blanca era uno, posiblemente uno de los pocos casos en que todavía se sigue hablando de polo de desarrollo. Muchos de los otros polos nunca lo fueron, otros se concretaron -acabo de estar en Jujuy- y luego de desarmaron o se diluyó su empuje inicial. El documento-plan, pensado por los expertos, fue propuesto y difundido, orientó algunas políticas y otras lo contradijeron, pero en todo caso pocos ciudadanos supieron cuál era su ubicación en ese mapa del desarrollo y muchos menos participaron de tal decisión.

Está claro que hoy ese esquema, esa manera de pensar, esa centralidad del Estado, de sus políticas y de sus inversiones, dejó de ser parte del sentido común y, por ahora,

de la realidad posible. Pero además de reconocer ese cambio, hay que reconocer que esa propuesta, incluso en su momento, tenía algunas limitaciones.

Era una propuesta muy centrada en la inversión y en el crecimiento económico, distribuido o no territorialmente, que presuponía que de alguna manera la sociedad iba a integrarse a hacerse más equitativa como resultado del crecimiento, o sea, la famosa hipótesis del derrame. El derrame se dio parcialmente en la Argentina. Creo que sí hubo un proceso de industrialización y de integración social y el surgimiento evidente de clases medias, en particular clases medias urbanas. Pero todo ese sistema fue desarticulado y en buena medida destruido, no sólo ni principalmente por sus propias contradicciones o por acontecimientos de orden global, sino por la imposición dictatorial de políticas conservadoras y arbitrariamente dirigidas a beneficiar a grupos minoritarios desde los 70. El mero crecimiento económico industrializador generó actores colectivos pero que resultaron débiles en ausencia de un entramado sólidamente democrático.

De hecho, una de las dificultades de esa estrategia de desarrollo fue que era muy centralista. Incluso la planificación del desarrollo regional se hacía desde el Consejo Nacional de Desarrollo, o desde el Consejo Federal de Inversiones. Tenía una importancia muy grande la gran visión de conjunto encarnada en las élites de expertos o de representantes que actuaban por delegación, visión desde la cual asignaban funciones o tejían destinos a las regiones. Había muy poca participación en ese proceso de planificación, era bastante tecnocrático. Tecnocrático no en el sentido de que hubiera conocimiento técnico, que es indispensable, sino de que los técnicos jugaban a tener el poder de definir para dónde tenía que ir el desarrollo o para dónde no. Defendían la eficiencia o la equidad “en nombre de”...

En estas elites había contradicciones: quienes hacían planificación veían con resquemor el hecho de que los sistemas de decisión no siempre pasaban por las instituciones del desarrollo. O sea, en el Consejo Nacional del Desarrollo se hacían planes, estos se convertían en ley, pero las leyes que realmente determinaban las inversiones pasaban por el Ministerio de Economía o por el Ministerio de Finanzas. Más de un tecnócrata se dejó seducir por la ilusión de que un gobierno militar podría evitar el deambular de los políticos y finalmente implementar sus propuestas.

En todo caso, antes de que iniciara su reinado el neoconservadurismo, lo real es que – se correspondieran o no con los planes-documento- las políticas concretas estaban iluminadas por el paradigma del desarrollo, de la industrialización y de la promoción del desarrollo en polos en el interior, y eso fue reflejado en todas las leyes de promoción industrial, con efectos variados, de resultados muchas veces espurios. En realidad, más allá de las diferencias entre los técnicos y los políticos, o entre unos técnicos y otros, más allá de que algunos sectores sacaran provecho ilegítimo de las leyes de promoción, ese paradigma funcionó, produjo un país o acompañó el desarrollo de un país industrializado que hoy es un recuerdo, como su paradigma.

El paradigma neoliberal y el contexto que crea para las ciudades

¿Qué es lo que hay hoy? Hoy domina el discurso público el paradigma neoliberal, que hace del mercado libre, del mercado liberado a su propio juego de competencia, la propuesta fundamental. El Estado tiene que apenas facilitar el mecanismo de mercado, no tiene que pretender construir nada, tiene que solamente “facilitar”. Para llegar a esto, el Estado tenía que privatizar todas sus actividades productivas, tenía que privatizar todos los servicios públicos, tenía que desarmar todo el sistema de regulaciones y de intervenciones y tenía que abrirse al mercado internacional.

Esto se hizo de una manera vertiginosa, si es que no brutal, y como resultado se destruyó una parte muy importante de la industria, de la actividad económica, que podría haberse recuperado si se hubieran dado otros tiempos, incluso con la misma dirección de abrir la economía para que fuéramos competitivos en el mercado mundial.

Dónde se va a dar el nuevo desarrollo, según este paradigma, dependerá de las fuerzas del mercado. El mercado, es decir, los inversores capitalistas, van a invertir ahí donde puedan obtener ganancias, donde sea competitivo invertir. Los estados pueden acompañar o pueden limpiar el terreno para que estas inversiones vengan, pero no pueden ellos mismos tomar un papel activo como inversores, ni poner obstáculos artificiales al libre juego de las fuerzas del mercado.

Si se acepta este paradigma, siendo el mercado global y siendo sus fuerzas inmanejables y muy difíciles de influir, incluso desde el Gobierno Nacional, el resultado es que el país está sin rumbo, el gobierno está más ocupado en administrar una crisis tras otra, acomodando más o menos a su mercado nacional, a sus fuerzas productivas, a sus instituciones, esperando el perfil de desarrollo que portaría la tan ansiada inversión global. Por supuesto esto se acentúa al nivel de las regiones y más aún de las ciudades. Los gobiernos locales en principio tienen muy poca capacidad para influir sobre los procesos globales.

El proceso global está caracterizado hoy por una extraordinaria concentración del poder económico en conglomerados transnacionales, con una hegemonía muy marcada del capital financiero; un capital financiero que mueve diariamente masas tales de recursos que su fuga puede desestabilizar economías como Italia, Inglaterra, Brasil o Argentina. Esos conglomerados a veces llegan a colusiones o acuerdos, pero en medio de una vertiginosa lucha monopólica, incentivada entre otras cosas porque estamos en una época de revolución tecnológica comparable a la revolución industrial. Todo el tiempo están dándose innovaciones que vuelven obsoletas cosas que hace unos meses parecían ser un diseño difícil de superar. En esa competencia el capital está todo el tiempo incorporando nuevos conocimientos, innovando, concentrándose para poder superar los enormes umbrales de inversión necesarios para controlar mercados globales, para no perder posiciones con respecto a otros capitales.

Este proceso genera el mundo en el que estamos, de cambios vertiginosos, y los que pueden participar de este mundo están recibiendo estímulos y sobreestímulos continuos para consumir, para participar, para informarse, para saber lo que pasa, pueden ser hasta ciudadanos del mundo. El problema es que este proceso trae consigo una enorme polarización social, se concentran los beneficios en fracciones muy pequeñas de países y de sociedades y se está generando un fenómeno de exclusión social masiva que se da no sólo en los países como el nuestro, no sólo en la región latinoamericana, sino que se están excluyendo continentes enteros, como buena parte del africano, o sectores muy importantes de las sociedades de países como los europeos.

La descomposición que la nueva tecnología permite -tecnología de la información, del transporte, de la producción, de la gestión- la descomposición de los procesos de producción que pueden estar localizando operaciones similares o complementarias en lugares muy diversos cultural y socialmente y muy distantes entre sí y de sus mercados, esta forma que toma hoy la acumulación del capital tiene poco que ver con lo que ocurría en los '60, cuando la integración era vertical y localizada, las empresas se complejizaban y crecían en cada planta. Sus edificios se suponía que iban a durar décadas; hoy una empresa puede estar haciendo una inversión muy importante en una ciudad, y dentro de 1 año decidir cerrarla. El capital tiene hoy una enorme ubicuidad, puede estar en casi cualquier región para producir para casi cualquier otra

región, y puede moverse a una velocidad que guarda poca relación con los tiempos sociales o los tiempos políticos.

Estas localizaciones de partes del capital global se articulan directamente con otras a nivel global y cada vez menos pasan por la compleja estructura de producción regional o nacional. La figura del enclave –dirigido desde afuera y separado de su entorno–, que era una que nos preocupaba en los '60 es hoy casi la forma generalizada. Puede haber aparatos productivos localizados que tienen un impacto muy limitado sobre el medio, no siempre positivo, y que a su vez no pasan por una estructura productiva regional o local, no la alimentan ni la movilizan, ni inducen cambios de calidad en sus procesos; pueden ser enclaves de altísima modernidad, pero en un mar de retraso, atraso o de pobreza.

Lo global, lo nacional y lo local

Esto genera en las sociedades nacionales y locales una tendencia a la dualización. Esta es una palabra que era difícil de reinstalar hace 12 años, pero hoy está en boga. Hace 12 años al hablar de dualización parecía que uno no estaba entendiendo lo que era la modernidad y sin embargo hoy estamos viendo que hay procesos de alta modernidad que generan dualización, como que la sociedad se fragmentara en dos sociedades. La región metropolitana de Buenos Aires hoy claramente son dos ciudades. Una ciudad alta y una ciudad baja; una ciudad alta con centros y complejos inmobiliarios que son comparables a los de las principales ciudades del mundo, que atrae un turismo de altos ingresos, centros conectados por vías rápidas con countries en la periferia, con universidades de primer nivel, tecnología avanzada del consumo, centros financieros de primera, lugares en que se encuentra relativamente resguardada la seguridad personal. Y hay otra ciudad, la ciudad baja, notablemente distinta habitada por los pobres estructurales y crecientemente por sectores medios que están pasando a ser pobres en una cantidad muy significativa.

Para ese capital que compite a nivel global, cada una de nuestras ciudades es una opción más de inversión entre miles, y cuando considera dónde va a invertir, compara con cualquier otro lugar en el mundo. No es un capital localizado en su circuito de reinversión. Está como en la estratósfera, viendo el globo y diciendo "conviene invertir aquí", "y aquí", "aquí no".

¿Cómo se ubica en este proceso lo local? La figura utilizada es que lo que tienen que hacer los lugares es competir entre sí por el capital. Entonces, hay una doble competencia; además de esa competencia entre las empresas, hay una competencia de los lugares por ese capital que nos conectaría con ese mundo de la nueva modernidad del desarrollo, que nos incorporaría a ese mundo del futuro.

En el caso particular de la Argentina, esa competencia ha sido ejercida de tal forma que ha llevado a una desnacionalización del sistema productivo, de servicios, de comercialización, bancario. Por un lado por el proyecto fundamentalista de mercado que se implementó desde el gobierno nacional, pero también por falta de voluntad de los sectores capitalistas nacionales, o por necesidad, porque no podían resistir la competencia, porque no tenían las capacidades empresariales o -por ejemplo en el caso de los bancos- la masa suficiente de capital como para poder competir con los grandes bancos globalizados.

Entonces hoy estamos en una situación en que una parte altamente significativa de las actividades económicas fundamentales, productivas, comerciales, de servicios, está en manos de capitales transnacionales. Esto implica que la economía -la economía moderna particularmente- está controlada por empresas que jurídicamente están

vinculadas a estados de países centrales, particularmente de Estados Unidos o de Europa. Se está dando también una transnacionalización del sistema jurídico; poco a poco hay que dirimir los conflictos económicos en las cortes de esos países y, sin ninguna duda, a pesar del paradigma de la libertad de mercado y de la retracción del estado que se nos vende a nosotros como nueva doctrina universal, hay un ejercicio del poder político de los países centrales apoyando a esas empresas que están asociadas a sus territorios o a sus sistemas jurídicos.

Entonces no hay duda de que la competencia es “desleal”, en el sentido de que hay un ejercicio de poder político detrás de los grupos económicos globales, que pone en desventaja a los grupos económicos nacionales que todavía queden en nuestro país, porque tienen detrás de ellos un estado muy débil, si es que no un estado sin voluntad de apoyar o defender a esta economía nacional.

El sistema de producción que surge con esta nueva revolución tecnológica, ha sido denominado sistema informacional de desarrollo, indicando que ahora no es la transformación de la materia y el ejercicio de la capacidad física de trabajo y el uso de la energía lo que genera valor y riqueza, sino que la información y el conocimiento son a la vez principal recurso y producto.

Esto hace que el conocimiento, que las capacidades encarnadas en sistemas o en personas, sean el principal capital productivo; no es la fuente de energía, no es la masa de trabajo asalariable, sino una población educada, versátil y actualizada, una alta proporción de técnicos e intelectuales, redes de centros de investigación de alto nivel, un sistema educativo de máxima calidad, una población integrada, con capacidades altamente desarrolladas de comunicación, intercambio competitivo o cooperativo. Esos factores sistémicos del desarrollo sostenible pesan más que factores de tipo puntual, como tener una fuente de energía barata o un puerto o algún otro recurso capaz de generar renta. Esto no quiere decir que no haya actividades que estén dirigidas específicamente a lugares donde hay recursos naturales o posiciones ventajosas, en términos de los flujos de comercio, etcétera.

Hay una globalización del mercado de trabajo. Si bien los trabajadores no pueden moverse tan libremente como las mercancías, en la medida que los estados dejen que se movilicen a través de sus fronteras se producirán fuertes migraciones. Tampoco es tan fácil movilizar mercancías argentinas a Europa o Estados Unidos, pero está claro que a nivel mundial hay una liberalización del movimiento de mercancías, y sin ninguna duda la máxima capacidad de movimiento la alcanza el capital financiero. Sin duda, los trabajadores no tienen esa movilidad, pero indirectamente es como si se movieran, porque están compitiendo entre sí gracias a la movilidad del capital productivo. Al abrirse el mercado nacional, hoy los trabajadores argentinos están compitiendo con los trabajadores de Tailandia y el capital global los compara y decide dónde se va a localizar, ve las condiciones y los costos de trabajo en la Argentina, o en Bahía Blanca, o en Buenos Aires o en Córdoba, y los compara con los de Brasil, con los de Guatemala, con los de Tailandia, Malasia, etcétera.

Esto ha generado una feroz competencia entre trabajadores. Nosotros estamos compitiendo con los de países en que la efectivización de los derechos humanos está muy lejos de lo que se alcanzó históricamente en la Argentina. Competir por costos salariales con esos países implica prácticamente renunciar a las conquistas históricas de las mayorías, implica perder derechos, perder seguridad social, pasar a la precariedad, perder ingresos, etcétera, etcétera, como estamos presenciando. Si la competencia va a ser por costos, la degradación de las condiciones de vida de las mayorías de trabajadores es inevitable, al menos por un largo período, porque estamos hablando de millones de trabajadores aún disponibles en el mundo, con

relativa docilidad y con bajísimos costos de vida, porque también sus derechos son muy limitados.

El mismo Banco Mundial anunciaba hace unos años, que salvo que hubiera un crecimiento global del 3% sostenido -y era muy escéptico de que pudiera haberlo y hoy es más escéptico todavía- se iba a dar un deterioro muy notable, un empobrecimiento muy notable del Africa en primer lugar, y en segundo lugar de América Latina.

También hacía notar que en este proceso de globalización iban a sufrir mucho aquellos países, aquellas ciudades que tenían trabajadores calificados, que tenían mano de obra con altos ingresos, porque iban a tener que competir con esas concentraciones gigantescas de mano de obra de bajísimo costo, de menor calificación pero capaz de producir con las mismas tecnologías estos productos que se venden a escala global que vemos en los supermercados o en cualquier otro lugar del mundo.

Desde ese punto de vista hay una cierta hermandad entre Europa y América Latina, porque América Latina estaba inmediatamente después de los países europeos en los índices de desarrollo humano.

Sin duda que en este proceso de globalización hay países que están creciendo y que están aumentando su ocupación y que están mejorando sus ingresos. A nosotros nos está tocando perder posiciones con respecto a nuestra historia, entre otras cosas por la globalización y por la manera en que aquí fue administrado el ajuste de nuestra economía.

En el caso particular de la Argentina -no toda América Latina es igual, no en todas partes se hace lo mismo- hubo una aplicación que llamaría fundamentalista del programa neoliberal, que ha llevado a privatizar de manera lesiva a los intereses nacionales, porque ha entregado a precios de remate el patrimonio público, y además se ha entregado el mercado interno. Hoy nuestro mercado interno está copado por monopolios internacionales.

Si se considera un éxito las corrientes de inversión extranjeras que vinieron a la Argentina, y en particular a la región metropolitana, hay que analizar de qué clase de inversión se trata; una inversión que vino a comprar todos los sistemas de servicios públicos, como en el juego del monopolio en que alguien como Soros compra todos los shopping, los capitales españoles compraron determinados servicios, los franceses otros, se repartieron los bancos, y así siguiendo.

O sea, hay un copamiento por monopolios internacionales de los servicios públicos, y al no haber un sistema de regulación y haber sido hechos los contratos en la manera que fueron hechos, se están cobrando tasas que incluyen ganancias monopólicas extraordinarias, que nos hace una de las ciudades más caras del mundo. Pero no es una de las ciudades más caras del mundo porque los salarios sean de los más altos del mundo, porque ya estamos hablando de salarios de \$ 200 y precarizados.

Lo que hace a Buenos Aires una ciudad tan cara es el costo de los servicios, el costo del suelo y las rentas urbanas por acción de los grandes negocios inmobiliarios en vinculación con los Bancos y el sistema financiero, inflando una burbuja de renta inmobiliaria como la que se pinchó en el Asia no hace mucho. Es especulativamente alto el costo del crédito, porque se ha monopolizado el sistema bancario en nombre de la seguridad financiera. Fíjense ustedes lo que son los intereses a la producción, o lo que son los intereses del crédito al consumo y del crédito a las empresas PyMES!

El sistema de comercialización ha sido monopolizado también, hay una lucha feroz en la Argentina que incluso va adelantada con respecto a Brasil y otros países. Esa lucha entre 5 o 6 grupos monopólicos internacionales ya está por llegar a su límite, pues se está agotando el mercado que pueden ganar a expensas del pequeño comercio o las cadenas más especializadas, por lo que el mercado sólo se expande comprándose unas a otras. Es más: estas inversiones de alta tecnología y estas colusiones reducen el mercado nacional; por cada 300 empleos que generan, destruyen 3.000 en el sector comercial y a la larga en ese cautiverio terminan agotando o reduciendo el crecimiento del mercado nacional o local. Cuando se consolide la posición de los pocos grupos que queden, entonces sus políticas pasarán a ser de maximización de ganancias a costa de los consumidores.

Esto no pasa sólo en lo que alguna vez parecía refugio eterno del pequeño emprendedor local, como el pequeño comercio, la pizzería, los restaurants de comida rápida, las tintorerías y lavanderías, los quioskos y almacenes, etc. etc., noi los del capital mediano o incluso la pequeña red empresarial, como los cines, las cervecerías, las librerías, las casas de venta de discos, etc. etc. Nuestro mercado está cautivo de manos monopólicas que tienen una estrategia de copamiento de la crema de los mercados locales de todo el mundo. Las fuentes de energía en nuestro país son carísimas, porque la producción de energía está monopolizada y no regulada, sea por razones de corrupción del Estado o por fundamentalismo de los que dirigen la política económica. Está más que denunciado que cuando bajan los precios del petróleo a nivel internacional, los precios de la nafta argentina no bajan. Si importáramos la nafta de Estados Unidos nos costaría la mitad.

¿Por qué en este caso, si el mismo fundamentalismo del mercado aprecia la competencia libre, se dificulta esa presión sobre el mercado interno? Porque hemos sido vendidos como un mercado cautivo, que contribuye a las jugosas ganancias extraordinarias que sólo la colusión con un Estado que deja de representar el interés nacional puede explicarse. Un Estado que se cuida de respetar la seguridad jurídica de contratos leoninos y todavía hoy no transparentados, y en cambio anula la seguridad jurídica del contrato social con los que aportaron por décadas para hoy retirarse honrosamente como jubilados. No sólo eso, se entrega la crema del “mercado” de fondos de retiro a empresas privadas, dejando para el Estado los sectores de menor solvencia, lo que gracias a las presiones fiscalistas significará reducciones sucesivas de los haberes jubilatorios.

Es posible que estemos pagando en los productos agropecuarios, también renta agraria y de los monopolios de transporte y comercialización como si fuéramos consumidores ingleses. Se perdió esa posibilidad de decir “éste es un país productor de alimentos, por lo tanto los alimentos acá tienen que ser subsidiados, baratos, tenemos que tener acceso a ellos, al menos la comida tiene que ser muy barata en Argentina, en este país no puede haber hambre”. Como en el caso de la energía, los precios internos no siguen la evolución de los internacionales, salvo cuando son al alza, porque en este caso se supone que el libre mercado indica que no se puede subsidiar al mercado local, que eso sería dumping. Pero cuando los precios están a la baja se subsidia a los grandes capitales que aquí cobran lo que no pueden cobrar en otros países.

Si además le agregamos a todo esto un sistema tributario totalmente regresivo, basado en impuestos al consumo, los costos de vida suben aún más, explicando porqué no pueden bajar más todavía los salarios como querrían algunos economistas neoliberales. Esta es una política autodestructiva, porque al bajar la masa de salarios se baja además la principal fuente de ingresos fiscales actual. Pero además hay una razón de justicia social elemental: si una persona gana 100 pesos deba pagar una tasa

de 21 % de impuesto, porque consume todo lo que gana, pero que si gana un millón posiblemente pague apenas alguna cifra de un dígito. Aquí sería suficiente con cumplir con las leyes fiscales existentes y hacer control y justicia expeditivos, negando toda posibilidad de impunidad. Las estimaciones de la evasión fiscal indican que podríamos incorporar ingresos del orden de los \$ 20.000.000.000, más que suficientes para resolver la problemática social poniendo en marcha programas de ingreso ciudadano y/o de desarrollo de corto, mediano y largo plazo, acabando con el asistencialismo que constituye el brazo económico del clientelismo político y la pérdida de soberanía real de nuestro pueblo. Pero esto requiere otro estilo de hacer política, otra voluntad política, otra presencia de la ciudadanía en las decisiones que hoy se toman en corredores o bajo la mesa de lo público.

Todo este sistema nos hace no competitivos. Si lo que la Argentina tiene que hacer es ubicarse competitivamente en este mercado global, no cerrarse, no rechazar la modernidad, sino ubicarse competitivamente, todas estas políticas hace que sea no competitiva. Si no, vean ustedes cuántas industrias, cuántas inversiones vienen a producir bienes transables en la Argentina. Sólo vienen las asociadas a los recursos naturales: mineros o agrarios. Muy poca industria viene para exportar, y la que viene está atada a arreglos muy vulnerables con Brasil, vulnerables por la diferencia de poder entre ambos países pero sobre todo por la falta de una política consecuente y apoyada por toda la sociedad de defensa de los intereses de las mayorías de nuestro país.

Por otro lado, estamos abiertos a la entrada de las importaciones de los productos que vienen de países de dos tipos: los que tienen centros tecnológicos y sistemas de producción de punta, con una altísima productividad, que innovan a velocidades inalcanzables y obtienen productos de una calidad incomparable, o áreas del mundo densamente pobladas donde el costo de la mano de obra es tan bajo que es imposible competir con lo que cuesta traer en contenedores esos productos al país. Y aquí hemos renunciado a apoyar con energía la educación y la ciencia de punta, condición para poder competir desde la periferia aunque sea como adoptadores y adaptadores de tecnologías, y hemos renunciado a defender los derechos sociales de los trabajadores.

Aquí se ha combinado lo peor del modelo norteamericano y del modelo europeo. En Estados Unidos se decidió desarmar el estado de bienestar, pero tener altos niveles de ocupación, y en Europa se decidió soportar los altos niveles de desocupación que implica esa innovación tecnológica, pero manteniendo el estado de bienestar. Allí un desocupado tiene un sistema de cobertura social que le permite mantener todavía su calidad de ciudadano. Nosotros acá tenemos altas tasas de desocupación y no tenemos estado de bienestar, o sea que es como si hubiéramos elegido lo peor de ambos modelos.

Aquí la exclusión significa pérdida de ciudadanía, porque ni el voto puede ser autónomo cuando operan las máquinas clientelares. Las encuestas que hacemos en la zona de mi universidad indican claramente que la gente sabe lo que se le pide, lo desprecia desde el punto de vista moral pero lo acepta por necesidad, acepta el trueque de paquetes de comida por presencia como masa de maniobras política. Las elecciones se han venido sucediendo, y eso es bueno para el país, pero la democracia real es una degradación de la idea de democracia, como ocurrió con el socialismo real y los ideales socialistas. El pragmatismo manda callar y aceptar: las estructuras de poder mundial, las estructuras económicas, las del poder político, las de la justicia ineficaz, se ven como intocables. Esto es una renuncia inaceptable moral pero también políticamente.

Los gobiernos municipales y el desarrollo local

Este es el contexto de lo urbano, de lo local. ¿Qué produce este contexto a nivel de las ciudades, a nivel local? Produce pobreza en general, puede ser que en algunos lugares más, en otros lugares menos. Les puedo asegurar que en la zona del conurbano bonaerense en que está mi universidad el empobrecimiento es mucho más que evidente, no sólo las estadísticas lo muestran, sino la vida cotidiana. Hay empobrecimiento de una parte de los sectores medios, mientras otra, minoritaria, pasa a formar parte (al menos temporalmente) de las elites del consumo. Hay polarización social, hay dualización y segmentación de la ciudad, y sobre todo se ha perdido una característica central de nuestro sistema económico-social, y es que el trabajo deja de ser la categoría integradora de la sociedad urbana. Esa exclusión es real, apenas paliada por los trabajos precarios y temporales, porque si no existieran podríamos hablar de que más de un 50% de la población urbana está totalmente excluida como parte del sistema productivo, base de la sociedad misma.

En estas condiciones se espera que las ciudades, que los gobiernos locales, que los municipios, que la descentralización, produzcan el milagro de asegurar la gobernabilidad de este sistema, y que palien, alivien, resuelvan el problema de la pobreza o de la miseria a nivel local. Porque en toda América Latina pero en nuestro país en particular, la pobreza rural sigue siendo importante, pero crecientemente es urbana, crecientemente es un fenómeno urbano, y es vista como amenaza política sobre todo por su concentración en las ciudades. Aquí no tenemos un movimiento Zapatista como en México o un Movimiento de los Sin Tierra como en Brasil.

Entonces se dice que el Estado Nacional tiene que descentralizarse hacia las provincias y hacia los municipios, y en particular los municipios tienen que asumir este papel de hacer gobernable el sistema y de hacer el “control de daños”, limitando los costos de la crisis social.

A esto se agrega, sin mucho entusiasmo general en el discurso, que los gobiernos municipales tendrían que inducir, movilizar, promover el crecimiento económico desde sus espacios. La función económica de los gobiernos municipales es algo que está muy incipiente todavía en el país, y por eso es que tenemos casos destacados que valen la pena privilegiar para ver que es posible, pero en general los municipios están sin capacidad, no sólo sin recursos, sino sin la capacidad para poder enfrentar un problema para el cual no tienen antecedentes.

Entonces hay una gran expectativa en el discurso del desarrollo, por el tema del desarrollo local. Del desarrollo nacional casi no se habla. ¿Quién habla del desarrollo nacional? ¿Quién habla de planes de desarrollo nacional, de estrategias de desarrollo nacional? De eso yo, por lo menos, no oigo que se hable mucho, en cambio se habla mucho del desarrollo local. El desarrollo local viene a ocupar un lugar central en toda esta problemática que estamos planteando. Hay dos interpretaciones -es un poco esquemático, si quieren ustedes- pero hay dos interpretaciones posibles del desarrollo local y lo que significa el desafío del desarrollo local.

Una primera interpretación está asociada a esa idea de que lo que tienen que hacer las ciudades es competir por el capital. Una ciudad va a promover el desarrollo local si logra atraer a ese capital global que está dando vueltas buscando oportunidades de ganancia diferencial. Tiene que lograr ser productiva, el Banco Mundial dice hay que ver a la ciudad como sistema productivo, que hay un problema con la productividad de las ciudades, que tiene que mejorarse su productividad. Aumentar la productividad de las ciudades, en términos del capital, es aumentar la tasa de ganancia que se pueda obtener por cada peso invertido en una ciudad, y eso en su visión cortoplacista pasa

por bajar los costos salariales, por flexibilizar al trabajo, por bajar los costos tributarios para el capital, y por lograr algún tipo de acomodos o de subsidios abiertos u ocultos, incluso de los gobiernos locales, provinciales o nacionales.

Entonces bajar los costos locales más que en otras ciudades parece ser una línea de competir por el capital. Para esto, además, hay que presentar una ciudad ordenada, con un gobierno eficiente, tiene que haber una administración eficiente, tienen que cerrar las cuentas, y tiene que haberse privatizado todo lo que era privatizable, o sea, los gobiernos municipales no tienen que intervenir en nada que pueda ser encarado por las fuerzas del mercado. Tiene que haber una desregulación, o sea, acabar con todos los sistemas de ordenanzas complicados que impiden el libre funcionamiento del mercado, y hay que agregarle a esto una dosis de políticas sociales para aliviar la pobreza y otra dosis de manejo medioambiental que permita cumplir con las normas ISO o bajar la presión de los movimientos ecologistas. El Banco Mundial, desde 1990, cambió su objetivo estratégico, dijo "no somos más un banco de desarrollo, nuestro objetivo ahora es aliviar la pobreza", y desde ese punto de vista está impulsando nuevas políticas sociales descentralizadas, en donde los municipios tengan un papel importante, y que tengan como característica el ser eficientes, el lograr acciones de alivio de la pobreza con el mínimo costos público, focalizándose al estar dirigidas a los sectores de extrema pobreza en particular. Una preocupación del Banco Mundial es que no se vaya a gastar fondos sociales en sectores medios bajos o que puedan pagar por lo que dan los programas "sociales". Los paquetes de asistencia tienen que ir sólo a los sectores en peores condiciones, y una de las maneras de focalizar es que territorialmente estén convertidos en ghettos los asentamientos de los sectores populares. De hecho, se focaliza territorialmente y luego en segunda instancia se procura no incluir a los que viven en ese territorio y pueden sobrevivir sin la asistencia. Los pobres mezclados en zonas no consideradas como pobres tienen mayor dificultad para acceder a esos programas, si es que lo logran.

No tengo tiempo ahora para referirme a esto, pero estas políticas económicas y sociales llevan no a la superación de la pobreza, sino a la institucionalización de la pobreza. De la misma manera que los manicomios no llevan a la solución de la locura o al tratamiento social o a la integración de los llamados locos, sino que los institucionaliza, los separa, los oculta, los estigmatiza y los adormece. Mientras en Europa se avanza para abrir los manicomios, para dar otro tratamiento social y redefinir la locura, nosotros tendemos a encerrar a las masas de pobres en algo similar a un manicomio, a una cárcel de máxima seguridad, de donde habría que sacarlos cada tanto, bien cuidados, para votar o para operar como fuerza de choque de la violencia de las maffias. Sé que puede sonar exagerado, pero lo es realmente? ¿No se están gestando tendencias larvadas o ya claramente abiertas en esa dirección? ¿No tiene el problema la magnitud y el dramatismo que estoy sugiriendo que tiene?

Hay una propuesta que se está volviendo paradigmática en esta perspectiva neoliberal que encabeza el Banco Mundial: la de transferir al gobierno el modelo de organización empresarial exitoso. Es decir, los nuevos modelos de organización empresarial se transmiten, se transfieren, se quiere que los gobiernos estén manejados a imagen y semejanza de una empresa descentralizada, con diálogos horizontales y no jerarquizada, flexible, etcétera, etcétera. Completando esta visión del gobierno local o la ciudad como empresa, aparece el término de marketing. El marketing de una ciudad es eso, o sea, es vender una ciudad como lugar para competir por la inversión de capital global.

Por supuesto que en el mercado hay actividades de información a los consumidores que les dice correctamente qué pueden esperar del producto, cómo deben usarlo, que es información útil, pero lo que predomina es la propaganda, la imagen que se

construye alrededor del producto para hacer que el consumidor compre, que sienta el deseo, el carácter imprescindible de ser propietario de eso que se vende. El marketing tiene poco que ver con lo primero, con la información fehaciente de cuáles son las condiciones, y tiene más que ver con la creación de una imagen atractiva, al menos en la versión dominante. Pero no quiero atarme a las palabras, porque podemos bajo el mismo título hacer otra cosa, o sea, realmente crear unas posibilidades de información sobre las condiciones de la ciudad que sea útil para los inversores y que proyecte un proyecto de ciudad deseada que sea efectivamente deseada por la ciudadanía.

En esto del marketing se busca una identidad, se busca un emblema, se busca una etiqueta, entonces será "la ciudad del río" o "la ciudad de la cultura", se busca algún lema; esto está muy difundido en estas nuevas metodologías de planificación estratégica, que cuando son aplicadas superficialmente ahí queda todo: en la marca.

La planificación estratégica y sus actores

Está también muy difundido que hoy en día una ciudad que quiere competir no puede no tener un sistema de planificación estratégica, tiene que tenerlo. Y en general predomina esa visión de que hay que competir por el capital y los recursos que vienen de afuera. Yo voy a coincidir con la necesidad de la planificación estratégica, pero voy a proponer otro contenido: que no hay que competir por el capital, sino por la gente. Esto puede parecer absurdo: la desocupación indicaría que sobra gente y que falta capital!! Lo que decimos es que hay que plantearse como objetivo fundamental y estratégico, no es que el capital tenga la máxima rentabilidad en la ciudad, sino que la gente tenga la máxima calidad de vida. Y esto puede ser atractivo para el capital y darle rentabilidad, o por lo menos para la mejor parte de la inversión capitalista. En cambio, asegurar la máxima rentabilidad del capital, aunque sea a costa de la calidad de vida de la gente o a costa del medio ambiente es "pan para hoy, hambre para mañana" (si es que se logra algo de pan hoy).

Esta visión implica que nos interesa la eficiencia, pero es una eficiencia socio-económica, no es sólo una eficiencia medida en términos de ganancia, sino en términos de efectos sociales, en términos de qué clase de sociedad produce la inversión y las políticas. Estamos con la evaluación por resultados y no sólo por procesos, pero para evaluar hay que definir qué clase de resultados sociales queremos lograr. Por supuesto que esta propuesta comparte los requerimientos en cuanto a la administración eficiente del gobierno local y de los recursos locales, pero no olvida la prioridad de la ejemplaridad de los gobernantes y funcionarios, con el lema "cero corrupción", no impunidad, no seguir aceptando el sentido común legitimador que afirma "roba pero hace".

Le damos una enorme importancia a la planificación estratégica, pero entendida no como un maquillaje de procesos ocultos de decisión, sino como una auténtica apertura de un espacio pluralista, para que los distintos sectores de la sociedad local se organicen, encuentren, dialoguen, manifiesten sus contradicciones, tengan conflictos, se reúnan para dirimir esos conflictos y puedan llegar a consensos o a decisiones de manera democrática. Porque el desarrollo local sostenible es muy difícil de lograr, si no es con una amplia participación de todos los sectores. ¡Tan difícil es lograrlo!

En esta concepción se enfatiza no sólo que cierren bien las cuentas del erario público, sino que no haya corrupción y que haya un uso adecuado y un control por la ciudadanía del uso de los recursos públicos. La transparencia es vista como un valor político, pero también como un recurso económico, porque incluso el capital, cuando va a una localidad donde sabe que no tiene que pagar impuestos ocultos, tiene ventajas desde ese punto de vista. Sus contratos, al no ser ocultos, tienen una

posibilidad de seguridad jurídica muy distinta que cuando están pendiente de una denuncia que muestra que hubo corrupción o cláusulas ocultas contrarias al interés ciudadano o a la misma competencia.

En esta percepción, aunque no es fácil, hay que ir avanzando en un control, en una limitación del clientelismo político. Digo que no es fácil porque el clientelismo político no sólo es un mecanismo de acumulación de poder, sino que también es un mecanismo de acceso a recursos por parte de los sectores populares, y desde esa perspectiva decir "no más clientelismo político" sin que aparezca un sistema alternativo de asignación y de acceso a recursos indispensables para la sobrevivencia, podría no tener sentido. Pero hay que ir logrando que la ciudadanía pueda volver a recuperar la cultura de derechos, y a pensar que si va a tener acceso a la asistencia o a un trabajo es porque tiene el derecho y no porque alguien que dice gobernar en su nombre le está haciendo un favor que tiene que retribuir con favores políticos.

Esto es parte importante de las condiciones para un desarrollo local a largo plazo. Implica otra forma de hacer política, y lo político no es separable de lo económico y del desarrollo. La política democrática, la democratización, es una condición para el desarrollo. No se puede pedir que sea una condición previa, pero es una condición de acompañamiento. Si va a haber desarrollo local me parece, creo, tiene que ser con democratización creciente.

El político local, desde ese punto de vista, se convierte en un mediador, más que en un imponente, en un creador de diálogos, en un mediador entre los distintos sectores de la ciudad, hace que este sujeto socioeconómico que es el único que puede poner en marcha un proyecto autosostenido de desarrollo, se encuentre, adquiera identidad y pueda tomar decisiones colectivamente.

Para esto hace falta una participación efectiva de toda la sociedad, a través de sus representantes políticos y corporativos, de los que avogan por los intereses de las mayorías no organizadas, pero también directamente de las bases a las cuales pretenden representar tales representantes. Hay mecanismos para que haya distintos niveles de participación que requieren voluntad política incluso para vencer el escepticismo de la gente cuando se los vuelve a convocar para participar. Entiendo y estoy viendo que en el sistema de planificación estratégica que se desarrolla en Bahía Blanca están pensados distintos mecanismos y procesos secuenciales justamente para que la participación vaya bajando hacia la sociedad.

Es necesario que el sistema político cumpla con su función de regular y manejar adecuadamente, pensando en el interés general, los conflictos y las contradicciones que necesariamente tiene toda sociedad ante cada obra, ante cada proyecto. Es decir, hay que crear las condiciones para definir en términos del interés general o de una articulación justa de intereses particulares, cada uno de estos conflictos.

Esta tarea no se puede hacer sólo desde el gobierno. Incluso el hecho de que yo incorpore con alta centralidad al gobierno en esta visión, me pone a contra corriente de mucha gente, de muchos que han desahuciado al poder político y piensan que el desarrollo local es un tema de la sociedad, que de los gobiernos no se puede esperar nada. Yo no coincido para nada con eso, creo que el papel de los gobiernos es fundamental y que justamente hay que superar esa falsa opción: no es o sociedad o gobierno, es la conjunción de un gobierno representativo de la sociedad y de la sociedad que no deja en manos de sus representantes el decidir su futuro, o que se requiere para poder lograr el desarrollo basado en la calidad de vida y una competitividad auténtica.

Pero la sociedad activa es tan indispensable como el gobierno. Hace falta movilizar recursos que ningún gobierno puede movilizar solo, hace falta una variedad de activistas del desarrollo, de agentes que están conectados y que tienen la voluntad de promover el desarrollo y la calidad de vida, trabajando con muy distintos sectores de la sociedad. Es necesario que participen los sindicalistas, que participen los vecinalistas, que participen los promotores populares, que participen las O.N.G. ambientalistas, que participen las universidades, que salgan de su castillo cuando todavía no lo han hecho, y que empiecen a hacer una investigación y a producir un conocimiento que tenga que ver con los problemas de la ciudad, con los problemas del medio, que se vinculen a su medio. Es necesario que el sistema educativo, que los maestros y los profesores y que el contenido de la educación tenga que ver con el tipo de capacidades que hay que desarrollar para que se desarrolle una sociedad local integradora. Hace falta el trabajo de los pastores, de los asistentes sociales, de los artistas, de los comunicadores.

No es tarea para un grupo, para una cúpula, para un equipo de técnicos, poner en marcha el desarrollo local del que estamos hablando, y para poder hacer esto tiene que haber una visión compartida de desarrollo local, y tiene que haber un espíritu de cooperación, aunque pueda haber competencia.

Hoy es el día en que prácticamente no podemos idealizar nada. Por supuesto no los gobiernos ni los funcionarios ni las tecnocracias. Pero tampoco el mundo de las O.N.G. Quienes lo idealizan es porque tienen intereses particulares que defender o porque no conocen ese mundo. Las O.N.G. compiten entre sí, no todas, por supuesto, pero pueden ser clientelistas, pueden estar trabajando en un mismo barrio y cada una ignorar la actividad de los otros. Las famosas sinergias de la que tanto se habla no se dan, entre otras cosas, por estas relaciones espurias entre los distintos agentes que operan en la sociedad.

Hace falta poner en marcha, instalar, aceptar, una motivación común ante intereses tan dispersos. Qué es lo que nos puede hacer trabajar juntos, y aquí lo ético me parece que es fundamental. Hace falta recuperar una ética de la dignidad humana y hace falta también lograr que el desarrollo sea respetuoso y salga de los “juegos suma-cero”, donde todo lo que gana otro lo pierdo yo y viceversa, y tener en cuenta todos los intereses estratégicos de los distintos sectores de la ciudad: del gran capital, del mediano capital, de las pequeñas empresas, de los microemprendimientos, de las familias más pobres, de las medianas, de los distintos sectores sociales, políticos, ideológicos, culturales, de los distintos barrios. No se trata de conciliar entre poderes tremendamente desiguales, ni de imponer la ley de las mayorías. Es mucho más complejo que eso. No es fácil, por supuesto, pero si vamos a hablar de desarrollo local, integrador de la sociedad, no puede ser que se cope el espacio del discurso del desarrollo volviendo interés general lo que es un interés particular. Esto no es fácil, dado que hay conflictos entre intereses importantes, y que, dado que estamos en condiciones de recursos muy escasos, parece que todo el que puede aportar recursos tiene voto calificado, debe ser incluido. No hace mucho el nuevo gobierno de Río Grande do Sul tuvo que tomar una difícil decisión y dejar que se fuera una gran empresa automovilística porque pretendía no contribuir con impuestos para el necesario desarrollo del resto de la sociedad. Pero otra empresa del mismo calibre optó por quedarse. No es fácil defender una estrategia integradora e incluyente ante un capital que pretende no asumir los costos sociales que su ganancia genera. Mucho menos cuando el gobierno nacional opera partidariamente o en contra de lo local, a favor del interés del gran capital, como pasó en el caso de Brasil, pues finalmente se subsidió a esa empresa en otro Estado que era oficialista.

También es importante que lo local no se vuelva localismo. Es muy difícil lograr poner en marcha un proceso de desarrollo local como ciudad aislada; la relación con la

región de influencia, la relación con otros municipios, la relación en redes de ciudades que aprenden juntas a encarar estos desafíos es fundamental. Estas cosas se están dando de a poco, estas redes van surgiendo, en general promovidas desde afuera, pero por eso mismo a veces uno encuentra que las redes son como cáscaras vacías, o sea, hay personas que se encuentran cada tanto, igual que en los congresos científicos, pero las sociedades mismas nos se están encontrando, sus proyectos no se están articulando. Es un proceso con gran posibilidad, esta serie de encuentros entre ciudades europeas, latinoamericanas, del Mercosur, o entre ciudades de una determinada región, aprendiendo juntos a avanzar en todos estos problemas, pero debe realimentarse con cambios sustantivos en las prácticas locales.

Para avanzar en lo sustantivo hace falta -a mi juicio desde el comienzo y desde ese punto de vista el papel del Estado o del gobierno es fundamental- la decisión política de recorrer este camino espinoso de promover el desarrollo democráticamente. Para mí, desde ese punto de vista, el papel del gobierno municipal es central y -como decía- no hay que aceptar esas falsas opciones entre el gobierno o la sociedad y por lo tanto el gobierno tiene que poder convocar a la sociedad y ésta apropiarse de su gobierno.

Hoy es muy difícil que una O.N.G. convoque a todos los sectores, o que la Iglesia convoque a todos los sectores y los mantenga movilizados y trabajando. Es muy difícil -como me decían hace un minuto los organizadores de este evento- poner a trabajar a los distintos sectores. A lo mejor pueden venir a una reunión, pero para realmente estar trabajando continuamente y siguiendo un proceso de desarrollo, hace falta primero una convocatoria con alta credibilidad y después poner en marcha un proceso donde todos los que participan vean que se logran resultados y que les resulta conveniente. Que no sólo se es parte pasiva de la construcción de un discurso legitimador de decisiones ya tomadas o que se toman en otro lado, sino que realmente pasan cosas, que se deciden cosas, que no se convoca a decidir y dos años después se convoca otra vez para saber qué resultado hubo, que realmente se entra en un proceso de participación, donde efectivamente hay una distribución del poder de otro tipo o donde surgen nuevos poderes de base social.

Es fundamental en esto la ejemplaridad de los funcionarios públicos y los representantes políticos y sociales, porque muchas veces en los procesos de desarrollo hay que pedir sacrificios a la gente, pero es muy difícil pensar que la gente va a querer sacrificarse cuando ve que hay sectores que usan los recursos públicos de una manera espuria. Estas son condiciones políticas, condiciones institucionales, condiciones morales. No ponemos como condición inicial el contar con una masa de capital dinero, tanto como contar con una masa de capital político democrático, de capital cultural, sin el cual el desarrollo humano hoy es muy difícil de lograr.

La necesidad de hipótesis de desarrollo alternativo: el desarrollo humano

También hacen falta algunas teorías o algunas hipótesis de cómo puede ser el desarrollo, cómo se puede lograr, porque tampoco es reuniéndose y reuniéndose que va a resultar el desarrollo. ¿Cuáles serían los componentes de ese desarrollo?

En los '60 se basaba el desarrollo en la industrialización, y la inversión pública y la privada nacional y extranjera, era la clave para lograrla, había que desarrollar las industrias básicas, la infraestructura, las fuentes de energía, y acompañar esto con políticas de educación de los profesionales y de capacitación de la mano de obra calificada que necesitaba esa inversión. Hoy ese modelo ha perdido vigencia. Sin duda que una inversión importante en una ciudad va a tener un impacto, va a tener un impacto de empleo, va a tener un impacto de infraestructura, va a tener un impacto en

el producto, puede tener impacto en la tributación, depende del tipo de arreglos que haya habido, en el sentido si están exentos o no están exentos, va a tener un impacto en el paisaje urbano, va a tener un impacto sobre la renta urbana, ¿pero pondrá en marcha un proceso de desarrollo integrador, sustentable y autosostenido? Es decir: ¿comunicará al resto de la sociedad un impulso o hacen falta otros programas, otras búsquedas? Porque hoy la vía de la empresa concentrada ya no es suficiente.

Incluso hay que tener en cuenta que la dialéctica de la inversión puede ser negativa, pero a veces la gran inversión capitalista -como decía Schumpeter- no sólo es creativa, sino que se trata de una creación destructora, también destruye. Como indiqué al referirme a la región metropolitana, está pasando que las inversiones tan ansiadas vienen a destruir más de lo que construyen. O destruyen a unos muchos a costa de otros pocos, o teóricamente dan a todos nuevas posibilidades (como la de comprar en su hipermercado) pero en la práctica a muchos los privan del ingreso para efectivamente ejercer esa posibilidad.

El caso de los hipermercados y los shoppings, por ejemplo, en muchas ciudades, lo que hacen es destruir más empleo o más posibilidades de sociabilidad que las que crean. Crean una nueva manera de organizar el espacio público, crean empleo, sí, pero si tenemos en cuenta el impacto sobre el comercio minorista al que afectan y el impacto que provocan a través de su política de compra sobre la industria nacional que los esté abasteciendo, el efecto y las tendencias que estamos viendo no son muy positivas, hay una tendencia a una dependencia creciente de los hipermercados que está poniendo a la poca producción nacional que los está abasteciendo en condiciones de prácticamente explotación por los hipermercados. En cuanto a que se abandonen los espacios públicos abiertos para todos, los distritos comerciales en la calle, esto tiene consecuencias sociales que ya estamos comenzando a experimentar cotidianamente.

Se trata, contradictoriamente, de una inversión que, cuando llega, uno dice: bueno, nuestra sociedad local participa de la modernidad, tenemos un espacio cuasi público, valioso, innovador, seguro, pero hay que tener en cuenta todos esos otros impactos que tiene, que la gente no asocia con esa inversión, sino que atribuye al destino o a otras razones.

Entonces, si vamos a tener alguna hipótesis para desarrollar, además tenemos que tener una idea de qué clase de desarrollo queremos. Me parece que el paradigma, o la propuesta del desarrollo humano sustentable es hoy la mejor versión que hay sobre cómo podría ser el desarrollo deseado. Una versión relativamente empobrecida en la operacionalización que sus mismos creadores: el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), los mismos que construyen los índices de desarrollo humano, porque terminan siendo coherentes y consecuentes con las nuevas políticas sociales focalizadas, un tema que no alcanzaré a exponer en esta charla. Sin embargo, la filosofía del desarrollo humano sustentable, nos parece que es buen punto de partida, un buen marco para pensar.

El desarrollo humano, las políticas sociales y la concepción de la economía

En esto es clave romper, filosófica, teórica y prácticamente, con la división que hoy está aceptada e instalada en el sentido común de la intelectualidad, de los técnicos y de la gente, de que lo económico y lo social van por lados separados. Según esa concepción, lo económico no se debe tocar, porque es como poner el dedo en el ventilador. Lo económico está en manos de esos economistas gurús que saben cómo manejarlo y que nos dicen qué hay que hacer, y que nos dicen cómo podemos tener

legitimidad a nivel internacional, qué cosas se pueden hacer y qué cosas no se pueden hacer.

En América Latina se ve claramente a los ministerios de economía autonomizándose del poder político. Personalmente, y yo soy economista, creo que es un riesgo dejar la política económica en mano de economistas, porque es una política que no tiene que ver con modelos sino con lo político y la sociedad, porque es una política social, una política cultural, una política de nación, y dejarlo en manos de unos autonombrados como expertos, que muestran su ignorancia confundiendo los modelos con la realidad, y también a través de los resultados que logran, es un riesgo muy grande que no podemos permitirnos. Siempre nos asustan con una crisis futura si no nos portamos bien, pero no ven la crisis actual, de reproducción de la mayoría de la ciudadanía en su vida cotidiana, crisis que alimentan sus políticas. Nos hablan de equilibrios macroeconómicos e ignoran que ninguna economía real puede funcionar sin un grado importante de equilibrios sociales, psicosociales y políticos.

Desde nuestro punto de vista el desarrollo humano no es lo social, es lo social y lo económico juntos, es lo socio-económico. Tenemos que meternos con la economía. Si lo que vamos a poner como complemento para lograr el desarrollo local son programas sociales, paliadores de la pobreza, paliadores del conflicto social, no vamos a tener ese desarrollo humano sustentable. Es preciso construir otras estructuras económicas, no con la pretensión de que sustituyan totalmente a las del capital, pero que tengan la fuerza de autosustentación y la capacidad de generar recursos, acabando con la dependencia de recursos filantrópicos y subsidios basados exclusivamente en la redistribución. Porque las políticas sociales neoliberales son insostenibles, porque deberían reclamar recursos cada vez mayores para apenas intentar sostener integrado este país y ganar gobernabilidad, legitimidad y generar las bases de una futura competitividad.

En este momento hay un déficit de recursos para la política social, en 2, 3, 4 o 5 años, yo no puedo saber cuándo, la emergencia y el conflicto social que va a generar la degradación que está en marcha por este sistema económico, va a explotar. Lo anuncia el Banco Mundial mismo, o sea que no estoy yo haciendo aquí se supergurú. Se ve que en las ciudades, particularmente en las grandes y medianas, se está generando una situación explosiva. Puede ser que en algunas esto no se esté dando como en otras, pero es una generalización que me parece que válida: se está pateando la pelota hacia adelante, pero tarde o temprano se acabará la cancha y habrá un fuerte rebote.

Entonces, ¿cómo encarar el desarrollo desde la perspectiva socio-económica? No tengo tiempo aquí para explayarme en esto, pero tenemos que ver la economía urbana como compuesta por tres subsistemas, o por tres estructuras -si quieren ustedes-: una es la **economía empresarial**, que debe ser fortalecida, desarrollada y regulada en sus efectos sobre el medio ambiente, en sus efectos sociales y en su avidez de ganancias extraordinarias y en su contribución al fisco, pero que es bienvenida y que es un recurso muy importante para el desarrollo y para la inserción a nivel global; luego la **economía pública**, que debe ser manejada cuidadosamente, transparentemente, eficientemente y sus recursos ser utilizados de manera que contribuyan a desarrollar otras estructuras económicas y no a aumentar todavía más la rentabilidad del sector empresarial, y finalmente la **economía del trabajo**, que hoy encontramos como economía de los sectores populares, fragmentaria, magmática, de baja productividad, desarticulada, sin representación, pero que si es fomentada y desarrollada puede convertirse en un sistema orgánicamente solidario donde el recurso principal es el trabajo, el capital humano y no el capital dinero.

Incluso en el discurso del Banco Mundial se destaca el término capital humano y se afirma que el capital humano es el principal capital de la gente, en el cual hay que invertir directamente. Sin embargo sus políticas lo tratan como recurso subordinado del capital, como insumo, sin lógica propia y dominado por el capital, a su vez hegemonizado por el capital financiero.

Sustentemos ese sentido para el desarrollo local: basémoslo en el desarrollo del capital humano, atraigamos la capacidad y la voluntad y el sentimiento de la gente a su ciudad, invitémosla a integrarse a una vida digna y a pensar en las próximas generaciones, en nuestro hijos y nietos. Invirtamos en la educación, en la salud, esto también lo dicen las políticas sociales, pero no al modo neo-liberal, porque el modo neo-liberal es conseguir ciertos indicadores, que todo el mundo en edad escolar esté estadísticamente registrado como asistiendo a la escuela; ¿pero qué pasa en la escuela, qué pasa en el aula, qué están aprendiendo los jóvenes, qué clase de sociabilidad se está desarrollando ahí? ¿Qué pasa con el desarrollo de las capacidades de emprendimiento y de participación en la ciudadanía activa que necesita esta sociedad? ¿Se están desarrollando en esas escuelas? El hecho que vayan a la escuela no garantiza que estemos invirtiendo en el capital humano, base del desarrollo en una sociedad cuya producción está crecientemente basada en el conocimiento.

O tomemos la salud: el hecho de que logremos un cierto número de atenciones médicas o de que haya una cierta proporción de camas por habitante no es suficiente; el desarrollo pasa por cambiar la gestión del sistema de salud, por la participación en el sistema de salud, por el cambio cultural con respecto a lo que es la salud y la enfermedad, y esto no se resuelve con el tipo de políticas neo-liberales, implica, por ejemplo, darle mucha centralidad a la atención primaria de la salud y al ciudadano autogestionario del hábitat, y no al hospital de alta complejidad. Es decir, lo central está en otro lado, está en un proceso participativo de transformación cultural, de vinculación de otro tipo entre la familia, y los centros de salud, los médicos, etcétera.

En cada uno de los campos podemos transformar el modo en que se está invirtiendo, desde esta perspectiva del desarrollo humano. Lo central no son los hipermercados y shoppings, los hospitales, las edificaciones escolares, las autopistas, lo central es qué está pasando con las relaciones sociales que acompañan a esas megainversiones que a los políticos atrae tanto inaugurar. No se inaugura una sesión de diálogo que avanza hacia el consenso, no se inaugura una nueva relación entre el conocimiento, la escuela y la comunidad, no se inaugura la mejor calidad de vida.

Esa producción de otras condiciones de vida, de sociabilidad, no sólo no son producto sino que son amenazadas por el libre juego de las fuerzas del mercado. Se considera económico al mercado y social a los programas de asistencia o subsidiados por el Estado. Pero estas actividades satisfacen necesidades con recursos escasos, son económicas en sentido estricto, aunque no necesariamente se regulen por la rentabilidad del capital privado. Es tal la naturaleza económica del llamado sector social, que hoy el peligro es que ese sector público o cuasi público sea totalmente introyectado de los valores del mercado capitalista.

Así, se están incorporando en el sector social, por consejo del Banco Mundial y la adquiescencia de nuestro propios neoliberales, los valores del mercado y los mecanismos del mercado, la competencia y no la solidaridad, la alienación y no la conciencia ciudadana. Esto tiene que ser observado, denunciado y resistido, porque es el paso para terminar con la privatización de todo, y por lo tanto por la no satisfacción de las necesidades de un sector mayoritario de la población, que va a ser tratado institucionalmente, recibiendo paquetes de comida o paquetes mínimos de salud, o paquetes mínimos de educación o de vivienda. Si lo que nosotros queremos

es una sociedad integrada, una sociedad heterogénea pero más equitativa y donde haya integración y diálogo e intercambio, ésta no es la vía.

¿Hay recursos para desarrollar esas otras estructuras económicas? ¿Hay recursos para desarrollar actividades cooperativas, redes de abastecimiento, redes de trueque, potenciar los microemprendimientos familiares? ¿Hay posibilidades de modificar los modos de consumo, que es una pieza muy importante de esto? Porque cada uno consumiendo individualmente está generando un efecto social que ignora. Es lo mismo que cuando cada uno tira su basura en la calle o en un potrero y dice: "total es una bolsita de basura"; todas las bolsitas de basura sumadas generan un problema de hábitat y de recolección de residuos muy serio.

Lo mismo pasa con la salud, o lo mismo pasa con el consumo. Todo el mundo dice "yo compro más barato este producto porque me conviene a mí, no tengo que estar pensando en a quién le compro o a quién beneficio", sin saber que algunos procesos de producción también generan la contaminación de la atmósfera y eso lleva a catástrofes climatológicas que revierten sobre la misma zona en que se vive, o generan desempleo, pobreza y violencia, pero la gente no sabe que tal vez está comprando su propio desempleo y la violencia que lo hace sentir inseguro en su propia casa o barrio. Si se le pusiera una etiqueta a los productos "éste producto es ecológico", el que lo compra sabe que no está contaminando; si uno le pusiera una etiqueta que dijera "este producto genera empleo local o nacional", sabe que está comprando empleo local o nacional. En este momento no sabe lo que compra. Hace falta una transformación cultural, una comprensión de lo que está pasando con los fenómenos económicos directos e indirectos de las decisiones de las masas urbanas en un mundo globalizado. Es comprensible que al capital no le interese esa información del público-cliente, porque llevaría a demandar del Estado que le ponga límites, o incluso a la acción directa como el boicot a determinados productos, o la preferencia por los productos de la competencia local.

Cuáles son las condiciones para el desarrollo local, ¿hay recursos?

Recursos hay, muchos mal utilizados o no utilizados. Está el poder de compra del Estado, que puede ser redirigido a favor de una economía social o una economía del trabajo. Se pueden redirigir los programas de política social, hoy asistencialistas en su mayoría, para incentivar la producción con el propio trabajo y la cooperación entre trabajadores. Se puede revitalizar la cultura de los derechos y las responsabilidades de los ciudadanos. Se puede transformar efectivamente y no sólo formalmente, los contenidos y la calidad de la educación y de la investigación.

Yo vengo de una universidad que tiene una vocación de trabajo con el medio y nuestras investigaciones están orientadas -muy pocas son las llamadas investigaciones básicas abstractas- hacia el diagnóstico, la explicación y comprensión de los problemas de la región inmediata de donde vienen nuestros alumnos, a los problemas del conurbano, a los problemas de la región metropolitana, y tratando de plantear alternativas de acción, generando espacios de cooperación con otras universidades, convocando a todos los actores locales a discutir las posibilidades y buscar la vías para otro desarrollo de su zona. No sólo pretendemos formar generaciones de profesionales idóneos para encarar los problemas del futuro sino que intentamos contribuir a la superación de la situación del sistema de educación secundaria de donde vienen nuestros alumnos. Todo esto con la debida modestia, porque sólo somos un actor, porque no nos corresponde tanto tomar la iniciativa como acompañar y sugerir acciones colectivas en terrenos tan complejos, y porque nuestros recursos son muy limitados.

No pretendo que todo el mundo haga esto, pero la universidad es un recurso extraordinariamente importante que debe ser utilizado como recurso público para esto, y lo mismo pasa con el sistema escolar y su papel con el desarrollo local. Siempre oímos a las ONG o incluso a gobernantes democráticos lamentarse sobre lo difícil que es lograr que la gente participe activamente. Y sin embargo, cinco días de cada semana durante cinco horas tenemos a los niños y jóvenes sentados en un aula!!! Qué mejor lugar para iniciar un cambio cultural, un desarrollo de las capacidades y disposiciones para el desarrollo, para la participación, para la recuperación de la autoestima!! ¿Lo estaremos utilizando bien? ¿Estaremos viendo a los maestros y profesores como agentes del desarrollo o como guardianes de aguantaderos y comedores escolares?

En otra línea, es necesario desarrollar plataformas de servicios permanentes, de apoyo a los microemprendimientos y a las microempresas, particularmente a los cooperativos en su estructura interna y entre sí. Muchos de los programas les dan un empujoncito, les dan unos cursos, les dan un poquito de capital y ahí van de vuelta (o como pollitos recién “incubados”) al mercado. No debe llamar la atención que las tasas de mortalidad de esos pollitos son altísimas, que el 80% de los que pasan por estos programas fracasan.

No puede esto hacerse así. Si se va realmente a impulsar a las famosas PyMES, de las que tanto se habla, que pasan por ser la piedra filosofal, la clave de resolución de todos los problemas, hay que tener programas sostenidos de apoyo hasta generar esos sistemas que hoy no existen, sistemas de redes, de cooperación, de competencia cooperativa entre las empresas; hay que tener centros tecnológicos y de apoyo a la calidad especialmente dirigidos a esto. Esta es una decisión del Estado, es una decisión pública fundamental, porque las grandes empresas sólo están interesadas en la calidad de los productos de sus contratistas y para nada en la calidad de sus competidores.

Es posible también desarrollar formas autogestionarias de resolución de las necesidades, y esto es importante, sin por eso descargar las responsabilidades que tiene el Estado, y se pueden movilizar recursos muy importantes desde ese punto de vista. Es evidente, por ejemplo, que en el campo del hábitat o de la salud es fundamental la participación y la autogestión de la gente.

Es necesario hacer una lucha cultural contra los modos de consumo que destruyen más de lo que generan. Y esto requiere también el recurso de medios de comunicación pública de masas. Es incomprensible que no se hayan reservado espacios de comunicación de masas en el orden público para contrarrestar la lucha simbólica del capital, la propaganda de una buena vida que es inalcanzable para las mayorías, que con suerte aparecen en las noticias como caldo de cultivo de la violencia. Como dije antes, es necesaria la comprensión de la población sobre el efecto de masa que tiene en sus decisiones individuales sobre los precios, sobre el ambiente, sobre el empleo, sobre la salud, sobre la seguridad.

Por ejemplo, en Porto Alegre el gobierno de la ciudad organiza un poder de compra que baja los precios en la ciudad, que obliga al comercio a bajar los precios sin destruirlo. Y ese efecto no resulta de una regulación que les impone unos precios, sino porque se ejerce en el mercado un poder de compra y de venta o de reventa de productos con el auspicio del gobierno. Hay mecanismos para incidir y limitar al poder concentrado que son equivalentes a la resistencia pasiva de Gandhi. Para eso hay que actuar colectivamente. Si se actúa individualmente los precios no bajan.

Es necesaria la promoción interna y externa de la producción local, darle una marca que apele al orgullo y la identidad de ciudadano, y desde ese punto de vista la calidad

es fundamental. Que se pueda decir: "éste es un producto de Bahía Blanca" y que esté implicado "por lo tanto es bueno, por lo tanto da empleo en mi ciudad, por lo tanto ataca a la pobreza, por lo tanto tiene atrás relaciones sociales y relaciones medio ambientales de primera calidad".

Es necesario revisar los sistemas normativos y de modalidades de ejercicio de poder de policía. Hoy probablemente el 60% o más de la actividad económica popular está en la ilegalidad y no digamos de la vivienda y de cuántas otras resoluciones de necesidades, que son actividades económicas. Ante esto, lo que el fiscalismo pretende es volverlas a la legalidad a través del control policial, o sea que se encuadren en las normas, que tengan personería jurídica o estén inscriptas, que paguen impuestos. Cualquier estimación indicaría que para la mayoría de estos microemprendimientos los costos de pasar a la legalidad harían que quiebren. ¿Es eso lo que se quiere lograr? ¿Es pura ignorancia de la economía popular? ¿Qué es lo que está mal acá? Está mal el concepto de legalidad, está mal la norma. Las normas no han sido pensadas para esta situación, para esta coyuntura, para esta situación de desempleo y para esta necesidad del autoempleo. Entonces hay que revisar las normas que condenan a la ilegalidad a actividades perfectamente legítimas. NO digamos que no se persigue con la misma fuerza al evasor de altos ingresos, ni se ven razzias de empresas que hacen trabajar en negro a sus obreros, como las razzias que vemos de los comerciantes callejeros. Puede ser importante que ese comercio deje de estar en las calles, pero hay que darle una oportunidad efectiva de ejercerse en condiciones de competitividad con el gran comercio. Por supuesto que hay aquí contradicciones dentro de la misma economía popular, pues los afectados pueden ser pequeños y no grandes comercios establecidos legalmente, pero aquí se ve que si se trata como juego suma-cero el problema no se resuelve y reaparece una y otra vez porque la necesidad de sobrevivencia obliga a ello. Se puede poner a los actuales comerciantes callejeros en unas instalaciones adecuadas, pero al poco tiempo aparecerán otros a ocupar ese espacio que dejaron, porque hay muchos más sin ningún ingreso, sin trabajo.

Por sus efectos se advierte lo absurdo de pretender registrar y cobrar impuestos a toda persona que realiza alguna transacción económica. Entonces si hoy un artesano se inicia produciendo algo, no lo puede vender porque nadie está dispuesto a comprarlo para venderlo en un comercio, porque no tiene una factura. Pero si tiene que estar dentro del sistema impositivo esto hace que no pueda sobrevivir produciendo.

Hay que simplificar las normativas, no sólo las del capital, favoreciendo abiertamente al sector popular, y en cambio hay que cobrar impuestos a los sectores que los están evadiendo arriba, que es el grueso de la evasión inequitativa en el país. Hay mucha evasión abajo también, por supuesto, pero la contradicción es que si se pagara desaparecería la actividad que permite pagar el impuesto, en muchos casos. También hay una economía negra, obviamente, que habría que atacar. Y por supuesto es imposible imponer un sistema fiscal universal si no hay ejemplaridad del Estado y la justicia. No se logrará una cultura del pago de impuestos como la de Estados Unidos si no hay confianza en el uso de los recursos públicos, en el pago de impuestos por los ricos o los mismos funcionarios.

Los recursos no materiales y el papel de la política democrática en el desarrollo local

Hay que capitalizar fuerzas extraordinarias que tenemos y no vemos. Podemos tener programas para la juventud, para mantenerlos fuera de la calle, para mantenerlos entretenidos hasta que devengan adultos por el paso del tiempo, pero también podemos ver a la juventud como una fuerza extraordinaria que hoy no está siendo

tratada como responsable y que es capaz de resolver problemas por si sola, sólo si es convocada, movilizada y mínimamente apoyada. Piensen ustedes lo que puede hacer la juventud para resolver el problema de la alfabetización, por ejemplo, o para resolver el problema del hábitat. No se trata de sacar a los niños de la calle, se trata de que se reinserten socialmente y la calle sea tan suya como de cualquier ciudadano.

Yo he visto efectivizar esa fuerza e los jóvenes en países como Nicaragua, y creí que era porque era una revolución. Pero después lo vi en el Ecuador, con un gobierno social demócrata que convocó a la juventud a alfabetizar en el campo y la ciudad, a llegar hasta los rincones del país buscando a los campesinos, a los indígenas analfabetos, a convencerlos de estudiar y enseñarles, a compartir su vida cotidiana con ellos por cuatro meses, y la juventud lo asumió con un entusiasmo que superó al Estado. Incluso tenían que buscar a quién alfabetizar, ni siquiera les decían "vaya a tal lugar, a tal centro, alfabetiza esta gente". Tenían que iluminar la obscuridad sin energía eléctrica, aprender a cooperar y sobrevivir, a resolver problemas de todo tipo, a improvisar aulas, fabricar pizarras y bancos donde no los había, motivar y alentar, reconocerse en el otro, otro al que antes temían o ignoraban, pudieron representarlo y reclamar servicios de salud donde no llegaban.

Esos mismos jóvenes son generalmente tratados como incompletos, a medio hacer, como ignorantes, o bien como problema. En todas nuestras sociedades hay una masa de jóvenes que además están sufriendo el desempleo en tasas muy altas, que puede ser movilizadada si es convocada genuina y honestamente no sólo para producir y mejor satisfacer sus necesidades, sino para resolver problemas de la sociedad.

Como ese, hay otros recursos sociales que no están siendo utilizados. Esto requiere voluntad política, requiere una visión de lo que es el desarrollo social y político futuro distinto.

Es necesario mejorar la competitividad auténtica, no la espuria, no la de corto plazo, en base a una estrategia de ciudad educada, de ciudad ecológica, de ciudad socialmente integrada, de gobierno democrático y sin corrupción, de seguridad personal y social, etcétera, etcétera.

Es necesario afirmar una identidad local, pero la identidad local no se afirma con una etiqueta, sino haciendo juntos. O sea, partiendo del sistema de contradicciones y evolucionando en su continua superación, recuperando las historias del pueblo, las historias de la buena política, de las tradiciones que todavía están vivas en los tan maltratados ancianos. Sé que en Bahía Blanca hay programas que recuperan esa historia, esos saberes, que vuelven a la vida a los que el neoliberalismo intenta institucionalizar. Me parece que es una actividad fundamental recuperar la historia y los viejos hacedores de la ciudad como parte de esta búsqueda de identidad.

En el pasado las teorías del desarrollo local, las del estilo industrialista, decían que cada localidad tenía que al menos concentrar esfuerzos en una rama y especializarse en cumplir funciones para el sistema urbano regional en su conjunto. Que si se identificaba la rama crítica y se invertía adecuadamente, se iba a expandir el desarrollo, iba a darse este derrame y luego vendrían otras actividades complementarias. Buena parte del trabajo que hacíamos los planificadores del desarrollo regional era identificar esas actividades críticas y proponer políticas públicas para inducirlas o efectivizarlas. Suponíamos que iban a operar los multiplicadores del ingreso, que a través de la generación de ingresos locales la demanda iba a repercutir positivamente sobre otras actividades. El mercado iba a activar toda una serie de multiplicadores del ingreso y del empleo. Con limitaciones y resultados variados, esa concepción fue válida, con certeza a nivel del país.

Hoy, con la extrema apertura de la economía local y nacional, estos multiplicadores no funcionan más que muy parcialmente. Hoy puede haber una actividad que genera ingreso, y la gran parte de estos ingresos se filtra afuera, por las importaciones de productos que no son producidos en la zona. A lo sumo son los comerciantes importadores, además interesados en importar porque les da ventajas fiscales el poder sobre o subfacturar, y los distribuidores locales, lo que se benefician de esos flujos. El impacto sobre la producción local es mínimo. En estas nuevas condiciones, no podemos identificar la actividad clave y pensar que se va a dar un desarrollo a partir de esta dinámica, porque esa dinámica no se está dando, porque cambiaron las condiciones estructurales.

Entonces, para lograr ese desarrollo rico, complejo, extraordinario, humano, integrado, es necesario actuar en muchos frentes a la vez; no se puede elegir un punto y concentrar ahí solamente los recursos. Esto se ve cuando en los programas de planificación estratégica se abre una multiplicidad de campos de acción. No se concentran en una actividad o área de problemas, sino que tienen que trabajar sobre diversos frentes, porque esa sinergia, ese efecto de acción conjunta no se logra, no emerge naturalmente, rara vez va a emerger espontáneamente, hay que generarlo, hay que impulsarlo, hay que promoverlo conscientemente.

Por eso es que es importante que participen todos los sectores, todos los saberes, todas las capacidades. Posiblemente al inicio va a ser una participación desigual, porque hay grados muy diversos de organización y representación y porque hay amplísimos sectores sin otra representación que la delegación de sus intereses en influyentes caudillos locales. La planificación estratégica supone que se tengan en cuenta frentes muy amplios de intervención y que se avance en la complejización y democratización de la política pública.

Nuevamente, el papel del Estado es central. Las ONG, las corporaciones, los sindicatos, son muy parciales en sus puntos de vista y en su reivindicación. Hace falta construir un interés general o una articulación acordada de intereses, hace falta esta visión de conjunto y ese es el papel político del Estado. Por eso hay Estados, porque si todo quedara librado a la sociedad civil, lo que tendríamos es una pugna entre parcialidades y finalmente la imposición de una sobre las otras. Pero deben ser Estados democráticos, porque de lo contrario sólo disfrazan un interés particular de interés general.

El Estado tiene que recuperar ese papel con fuerza, y generar condiciones de participación, porque ya no puede diagramar y producir el desarrollo; debe generar condiciones para movilizar a los recursos de la sociedad, debe poner en marcha todos estos dinamismos, y propiciar que se vayan alimentando mutuamente.

Hay que invertir en capital social, hay que desarrollar las organizaciones de la sociedad, es necesario cuestionar los sistemas de representación y no tomarlos como dados. Hay que hacer que se democratizen, hay que hacer que se multipliquen, que haya múltiples identidades representadas en ese espacio de encuentro que puede ser la planificación estratégica. Hay que asegurarse que no quedan excluidos de la representación los sectores que están ya excluidos del mercado, y que están siendo institucionalizados como pobres que son pura mano extendida para pedir, sin voz ni conocimientos ni manos para trabajar.

Mucho de esto es muy difícil de hacer en el contexto de las políticas nacionales, porque muchas de estas cosas están contradichas por políticas nacionales de un signo distinto. Desde ese punto de vista, poner en marcha un proceso de desarrollo local, avanzar con él y profundizarlo, lleva tarde o temprano a confrontar las políticas nacionales que hoy todavía rigen en este país. Implica cuestionar la política

monetarista, implica cuestionar la política de mercado libre, implica cuestionar la no regulación de los monopolios, implica cuestionar, mejorar y profundizar las políticas educativas o de salud.

Es decir, no estamos en un sistema donde lo local se comunica directamente con lo global, hay un sistema nacional de política que puede contradecir esta búsqueda de un desarrollo local. Por eso he venido planteando que justamente en las grandes metrópolis de América Latina puede surgir -sobre todo si se trabaja en red con las demás ciudades, si se trabaja democráticamente- las bases de coaliciones económicas, políticas y sociales capaces de empezar a modificar el pensamiento único, de legitimar la posibilidad de repensar la política económica que hoy aparece como la política intocable.

En estos procesos es muy importante la comunicación, la transferencia de experiencias, el aprendizaje colectivo o el conocimiento de todo lo bueno que hoy se está generando y experimentando más o menos calladamente en el país y en América Latina. Hoy la imagen del mundo que nos transmiten los medios de comunicación no nos permite recuperar estas experiencias, estas posibilidades de otro desarrollo. Hay que retomar parte de ese espacio o generar otras propuestas de comunicación para aprender de otros y saber que no estamos solos.

Desde el desarrollo local, desde la gestión democrática del desarrollo local, también se crean condiciones muy favorables para refundar democráticamente el Estado nacional, porque muchas de estas políticas fueron impuestas, fueron decididas en cúpulas que actuaron por delegación, suponiendo que el voto les dio el poder por cuatro años. Nos enteramos de las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional por los diarios. La población no participa, no decide, sufre las consecuencias o eventualmente los beneficios. La política económica e incluso las políticas sociales son generadas al margen de la democracia, para la gente, no con ni por la gente. En Uruguay existe la institución del plebiscito. Y así, por ejemplo, cuando se iniciaron las privatizaciones, la ciudadanía pudo informarse, discutir y decidir que no quería que se hiciera una piñata para enriquecer a unos pocos con la liquidación del patrimonio público. El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires ha abierto espacios para la discusión ciudadana de los proyectos públicos, y en muchos casos han sido revertidos o modificados por esa acción desde la sociedad. Aunque no sea una garantía total, esto limita el poder de la tecnocracia, pone bajo vigilancia al prebendalismo, ayuda a que unos pocos no puedan cometer errores que afectan el desarrollo futuro en nombre del inmediatez político. La negociación no es sólo la habilidad de un mandatario, de un funcionario, sino que debe ser realizada en el marco de una sociedad dispuesta a contradecir acuerdos y políticas que no la favorecen.

Se trata entonces, desde el desarrollo local, de abrir la posibilidad de potenciar incluso el desarrollo de la Nación, de revitalizar la posibilidad de un país democrático, que tiene un gobierno que habla efectivamente en nombre de la sociedad y que por eso puede contradecir los dictados de los poderes internacionales, porque tiene atrás la fuerza de una sociedad a la cual realmente representa.

Yo creo que esto no es una utopía, no vendo utopías. Creo que esto es una posibilidad real, creo que su efectivización no es fácil, ni rápida. Industrializar la Argentina llevó un cuarto de siglo, Silicon Valley llevó 25 años en convertirse en lo que es hoy, y dada la historia reciente de organización de fuerzas y privilegios que sin duda serán defendidos, no se puede esperar tener para el año que viene resultados estructurales de ninguna política que contradiga las políticas dominantes en el mundo. Pero eso no lo vuelve utópico, es decir: imposible. Creo que verlo como una utopía nos deja sin mucha alternativa. No hay salida fácil. Es difícil pensar alternativas, pero las que pensemos van además a ser difíciles de concretar, porque difícil es la situación.

Hay que anticipar que pretender modificar esta realidad generará conflictos y abrirá muchas disyuntivas imprevisibles, algo a lo que alude también el término “estratégico” con que se adjetiva hoy a la planificación. Pero si nos asusta el conflicto, si nos paraliza la incertidumbre o la falsa certeza de que la economía y el poder político no pueden tocarse, nos privaremos de imaginar alternativas. Y eso equivale a admitir que lo único que se puede hacer es continuar como estamos, aceptar que como sociedad nos espera un futuro de decadencia nacional, hacia el cual de alguna manera ya estamos enrumados, y de degradación creciente de la vida de todos, incluso de quienes hoy se benefician pero tienen que temer y encerrarse tras paredes de barrios cerrados y viajar en caravanas como en esas películas de ciencia ficción sobre un futuro post hecatombe global.

Desde ese punto de vista es muy importante advertir que la magnitud de la tarea requiere un esfuerzo sostenido, las tan mentadas “políticas de estado” y los “acuerdos nacionales (o locales)”, pero que para sostener ese esfuerzo es preciso ir teniendo resultados visibles y repartidos con justicia. Que no hay ya condiciones para proponer con credibilidad una política virtuosamente diseñada por los técnicos que diga: sacrificuémonos hoy que “dentro de 10 años (o lo que es peor, en un futuro sin fecha) veremos los resultados”, sino que es preciso combinar la perspectiva estratégica, de largo plazo, con resultados inmediatos, aunque sean parciales al comienzo, para ir recuperando la confianza en el gobierno, en los otros, en la ciudadanía, en el individuo mismo.

Sea ésta, sea otra, tenemos que pensar alternativas, pero en todo caso estas alternativas tienen que contrarrestar las tendencias empíricas y la concentración de poder que estamos hoy registrando. Considero un error estratégico aceptar esa fórmula que se ha difundido: “pensar globalmente y actuar localmente”. Creo que hay que pensar y actuar global y localmente. Que hay que conocer muy bien las condiciones concretas y pensar colectivamente las posibilidades que encierra cada realidad local antes de actuar y reflexionar continuamente sobre la marcha, y que de ningún modo debemos dejar que las acciones globales queden en manos de los grandes conglomerados globales y de los países centrales, para lo cual necesitamos ser parte o fundamento de movimientos u organizaciones nacionales y globales que nos constituyan en actores de ese mundo global.

Estoy convencido que, aunque no es una panacea y no excluye otras formas y espacios de acción, desde las sociedades locales gobernadas en base a los principios de la democracia participativa pueden fundarse basamentos imprescindibles para contribuir a ese otro desarrollo deseable, a esa otra historia de una ciudad, de un país y de una región latinoamericana integradas en un mundo global pero distinto al que hoy se perfila como tendencia.

Muchas gracias. (Aplausos).